



El latido del corazón del Hijo de Dios

Devocional de Los Perseveradores

“Mas Juan se le oponía, diciendo: yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí? Pero Jesús le respondió: deja ahora porque así conviene que cumplamos toda justicia. Entonces le dejó. Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua; y he aquí los cielos fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él” (Mateo 3:14-16)

Imaginemos lo que estaba pasando por la mente de Cristo mientras avanzaba hacia el río Jordán. Cuando escuchó a su primo Juan predicar con valentía el mensaje del arrepentimiento, quizás se detuvo a observar por un momento la escena en que la gente confesaba sus pecados antes de ser bautizados. De seguro que el Señor se regocijó al ver que su siervo había preparado el terreno ideal para iniciar Él Su Ministerio. Luego caminó hacia la orilla y Juan lo vio.

A continuación les comparto un fragmento de una reflexión que escribió Beht Moore con respecto a esa cita entre Juan el Bautista y Cristo:

“Mi lengua había sido como una llama ese día. La Palabra de Dios vino a mí en el desierto como fuego desde el cielo. Si no la hubiera predicado, me habría consumido. No tuve temor ni me sentí intimidado. Cuando Dios me envió a enseñar a esas aguas del Jordán. No fue una reunión acordada de antemano. Solo estaba el viento del Espíritu llamando, atrayendo, y luego arrastrando con su soplo los escombros del pecado, preparando el camino para el Libertador. Alguna gente se acercaba a la orilla para escuchar, otros para burlarse; sin embargo, el mensaje del Bautista era inmutable: “¡Arrepentíos! Porque el reino de los cielos se ha acercado”.

A mis discípulos les había dicho que yo no era digno de desatarle las sandalias al Mesías y que cuando el Hijo de Dios viniera. Él los bautizaría con el Espíritu Santo y con fuego.

Justo cuando levantaba de las aguas a un hombre arrepentido, divisé al Señor que estaba en la orilla del Jordán. Cada vez que recuerdo ese día, sigo sin comprender cómo fue que las aguas no se abrieron en dos. Allí estaba Él parado, mirándome detenidamente. ¡Era Él! Me había estado preparando para Él durante toda mi vida, pero todavía no estaba listo. Lo único que pude decirle a mi Señor fue: ¡Yo no puedo bautizarte! ¡Necesito que tú me bautices a mí!

De repente me sentí abrumado por mi propio impulso de inundar la orilla con olas de arrepentimiento, y Él respondió: -Deja ahora, porque así conviene que cumplamos con toda justicia-

Coloqué mi mano izquierda en su espalda y mi mano derecha en su pecho. **Sentí el latido del corazón del Hijo de Dios...** Como si fuera en cámara lenta, lo sumergí en esas aguas, con el peso de su cuerpo entregado en mis manos.

De repente, el Jordán me hizo sentir escalofríos. Levanté al Señor de las aguas y se paró delante de mí, mojado en el río de la promesa. El agua que goteaba de su barba parecía caer como diamantes que proclamaban su perfección sin fin. Sonrió y miró hacia el cielo con regocijo, fue allí donde Dios proclamó Su bendición: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia (Marcos 1:11) “

El Señor Jesús salió de esas aguas para iniciar su Ministerio el cual culminaría entregando su vida en la cruz del Calvario, todo lo hizo por amor a nosotros, sus mensajes, sus promesas, sus milagros, su perseverancia nadie la pudo detener, ni siquiera aquella pequeña tumba, donde de nuevo su corazón empezó a latir... ¡el Señor resucitó, vive y pronto volverá!

¿Está usted preparado para su regreso?

©2010 LOS PERSEVERADORES

Para recibir los devocionales, solamente debe enviarnos un correo electrónico a la siguiente dirección:

ronald_mora@lospereveradores.org

También le invitamos para que visite la Web:

www.lospereveradores.org